

veintiseis compañeros, y lleno de pesadumbre volvió á embarcarse, aunque firme siempre en su propósito de continuar su navegación por el poniente.

#### CAPITULO IV.

Descubrimiento de Campeche.—Amigable recibimiento que hacen los indios á los españoles.—Adoratorios de cantería.—El cacique de Campeche da un convite á Hernández de Córdoba.—Admiración de los indios á la vista de los navíos y de las armas de fuego.—Demostración que hacen á los españoles con intención de intimidarlos para que abandonasen Campeche. Hernández de Córdoba denomina el lugar Puerto de Lázaro.

Ese mismo día se dió á la vela, rumbo al poniente, siguiendo la misma costumbre que había observado desde Cuba de pairar de noche y caminar de día, y, al cabo de quince días de navegación por la costa abajo de Yucatán, entraron en una gran ensenada, que, al principio, les pareció la boca de un río.<sup>1</sup> Sorprendióles lo bajo de la mar, lo cual no habían observado en los otros lugares que habían visitado. A lo lejos, al través de un velo de bruma, se distinguieron las líneas luminosas de la costa, y conforme se fueron acercando, se diseñó perfectamente una población extendida con su caserío á lo largo de la playa, que se inclinaba á la falda de una cadena de colinas cubiertas de verdor que brillaban á los primeros rayos del sol. La vegetación era rica y exuberante, y ostentaba sus árboles frondosos y palmeras tropicales, que mecían sus flexibles tallos al soplo suave del fresco terral.

<sup>1</sup> Herrera, *Decada II*, libro II, cap. XVII.—*Historiadores primitivos de Indias*, por D. Enrique de Vedia, tomo II, pág. 3.

Era esta población que se divisaba, el pueblo de Ah Kin Pech, como le llamaban los naturales, y que hace siglos es conocida en el mundo civilizado con el nombre de Campeche. Inclinado Hernández de Córdoba sobre la orilla del puente de proa, con templaba aquel pueblo que se destacaba perfectamente entre las ondas, y que debía ser de mucha población, á juzgar por el número de casas que se distinguían. Notando que la mar menguaba, mandó anclar á distancia de más de una legua de tierra, y luego, metiéndose en unos botes, se dirigió á la playa, llevando las pipas para proveerse de agua, que justamente empezaba á hacerles gran falta. Saltaron á tierra, y apenas repuestos de su emoción, cincuenta indios salieron á recibirlos con curiosidad y asombro mezclado de benevolencia. Los invitaron á entrar á su pueblo, y, obsequiando sus deseos, penetraron, en apariencia serenos, pero con temor interno de que los indios quisiesen armarles algún ardid en que cayesen seguros. Como supusieron, el lugar era grande, como de tres mil casas pequeñas y cubiertas de paja, cada una con un solar cercado de albarrada, sembrado de árboles de bellos y hermosos frutos. En medio de la mar, pero muy cerca de tierra, se alzaba un edificio de cal y canto, como una torre cuadrada de cantería, blanqueada, y con gradas. Semejaba una fortaleza, y no era sino un adoratorio cuyas paredes estaban esculpidas de figuras de serpientes, culebras y otros animales. En el fondo, había un altar, y sobre él un ídolo grande, con dos leones ó tigres salpicados de sangre que carcomían sus hijares, y abajo una serpiente que tenía sobre cuarenta pies de largo,

tragando un fiero león: todo de piedra muy bien labrada.<sup>1</sup>

Continuando los españoles en la visita del pueblo, el cacique, que mostraba verlos con gran contentamiento, los invitó á pasar á su casa, y á comer. Sirvióse en el banquete mucho pan de maíz, carne de venado, muchas liebres, perdices, tórtolas, pavos, y frutas. Fueron obsequiados los españoles con muchas piezas y joyas de oro, y ellos, á su vez, obsequiaron á los indios con cuentas, y espejos, y tijeras, y cuchillos, y cascabeles, y otras bujerías.<sup>2</sup>

Al salir del convite á una gran plaza, los españoles se encontraron con un gran número de indios, que maravillados no se cansaban de mirarlos. Llamábanles sobremanera la atención sus grandes barbas, su color blanco, sus vestidos, y las espadas, ballestas y lanzas. Se acercaban á los españoles, les pasaban las manos en la barba, tocábanles la ropa, y examinaban las armas, embelesados de admiración. Se espantaron cuando el jefe español mandó hacer fuego y oyeron algunos tiros de lombarda, y vieron y sintieron el humo y olor del azufre: se imaginaban que aquello eran truenos y rayos.<sup>3</sup>

Repuestos del susto que les causaron las armas de fuego, ofrecieron á los españoles otro espectáculo, á manera de alegoría, para explicarles que, si bien los habían recibido con benevolencia cual visitan-

<sup>1</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 359.—Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, pág. 18.

<sup>2</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 359.

<sup>3</sup> *Historia General y Natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, tomo I, pág. 497.—Enrique de Vedia, op. cit. pág. 3.

tes ó huéspedes, no se tenía intención de dejarles posesionarse del territorio. Aparecieron dos escuadrones de indios guerreros armados á estilo maya, con sus capitanes á la cabeza, y, cuando formados estaban en la plaza, llegaron otros indios cargados de haces de carrizos con que prepararon una hoguera. En este instante, salieron del templo cercano diez sacerdotes vestidos con mantas largas y blancas de algodón, y con los cabellos colgando sobre los hombros, desgredados y empapados en sangre. Llevaban en la mano braseros de barro llenos de fuego y en que espolvoreaban copal: se acercaron solemnemente á los españoles, y, sahumándoles la cara, les ponían las manos en los pechos, y les decían por señas que se fuesen de su país. Al mismo tiempo, se prendía fuego á la hoguera de carrizos, y los escuadrones de guerreros y la multitud de gente curiosa que poblaba la plaza prorrumpieron en gritos y alaridos, en silbos y gestos belicosos, todo lo cual era acompañado por el estruendo de bocinas, pitos, trompetas y atabales. La escena era adecuada para intimidar al más valiente, y con mayor razón al pequeño grupo de españoles que se habían deslizado en aquel pueblo de tres mil casas que podía contar con algunos miles de habitantes, los cuales, en aquel día, se habían duplicado con los que de las cercanías acudieron por curiosidad.<sup>1</sup>

Tres días permanecieron los españoles en Campeche, sorprendidos de ver los adoratorios de piedra, casi en tanto grado como los indios estaban es-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Conquista de Nueva España*, cap. 3.

pantados de ver la forma de las velas y jarcia de los buques. Hicieron aguada en un pozo, pues, por más que buscaron, no encontraron allí cerca fuente ni río alguno. Diéronle, al llegar, el nombre de pueblo de Lázaro, porque en él entraron el domingo de Lázaro.<sup>1</sup>

Notando luego, que los indios no estaban muy contentos de su permanencia en Campeche, acordaron embarcarse, y, caminando por la playa hasta llegar en frente de un peñol que había en la mar, hicieron señas á los bateles que se acercasen, y, embarcando las pipas de agua, abandonaron la tierra, y se dirigieron á los buques, listos á ponerse inmediatamente en marcha.

<sup>1</sup> Landa, op. cit. pág. 16.—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 358.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 498.—*Vida de Cortés*, en la *Colección de documentos de Icazbalceta*, tomo I, pág. 340.